
Artistas de Jalisco en el acervo del Museo de Arte Moderno

Enrique Franco Calvo

Introducción

En sentido estricto, el arte no es susceptible de ser enmarcado en una geografía determinada por fronteras políticas. Es una geografía por sí mismo, que se extiende más allá de los límites ideológicos, lingüísticos o sociales. Con el arte, las distancias y las aproximaciones son de orden intelectual. Por esa razón las lecturas que se hacen del mismo varían de acuerdo con situaciones de tiempo y de cultura, pese a que los productos artísticos permanezcan en apariencia inmutables. Finalmente, estos objetos artísticos, como hechos concretos, son producidos por seres humanos que nacen y se desarrollan en culturas determinadas. En este escrito comentaremos las constantes que han permitido que un grupo de artistas nacidos en el estado de Jalisco esté presente dentro de uno de los acervos más importantes del país, el del Museo de Arte Moderno de la ciudad de México.

Memorabilia de las cosas que pasan en el mundo

Una de las características del estudio del arte en México en el transcurso del siglo XX, ha consistido en agrupar a los artistas de acuerdo con su lugar de nacimiento. Esto se debe, entre otros factores, a que dentro del programa de las artes plásticas del presente siglo han des-

tacado contingentes de creadores nacidos en estados como Oaxaca, Jalisco y Zacatecas, por señalar los que nos parecen los casos más prominentes. Y sin profundizar en este aspecto, quisiéramos sólo anotar que también se debe a una actitud regionalista con antecedentes novohispanos que sigue vigente en nuestra forma de concebir a la nación mexicana. Es decir, al interior de la República antes que mexicano se es oaxaqueño o veracruzano o jalisciense. Y obsérvese que nunca se habla de artistas “defeños”, pese a que el gran núcleo de actividades sociales y artísticas sucede precisamente en el Distrito Federal. Por supuesto que el nutriente poblacional de la capital mexicana ha sido la provincia y las generaciones de defeños no tienen tanto arraigo o muchas veces lo tienen hacia el interior del país.

Continuando con nuestro asunto principal, señalaremos que estas agrupaciones estatales no sólo son significativas por la cantidad de productores sino por la calidad misma de las obras que éstos han generado y por su forma de desenvolverse en el arte nacional y, en algunos casos, internacional. A grandes rasgos, por ejemplo, se puede seguir una tradición consistente de artistas oaxaqueños si se recuerdan los nombres de Rufino Tamayo, Rodolfo Nieto, Francisco Toledo y posteriormente una larga pléyade de nuevos pintores. Si se revisa la plástica del estado de Zacatecas, no podría dejarse de señalar a Francisco Goitia, Pedro Coronel, Rafael Coronel y Manuel Felguérez, y nuevamente tendríamos que decir que las generaciones siguientes a éstos son generosas sobre todo en pintores.

Sin exageraciones y sí justipreciando, cabe decir que el estado de la República mexicana que ha sido cuna de un significativo número de artistas cuyos aportes y visión plural han ayudado a modificar de manera notable el panorama de las artes plásticas nacionales ha sido Jalisco. Más que a ningún otro, ha correspondido a este estado la primacía de difundir el acervo de sus paisanos a partir de llevar a cabo exposiciones de arte de carácter regional. Entendiendo aquí lo regional como el elemento que ha servido para unir a artistas de diver-

sas tendencias en exposiciones que han promovido tanto instituciones privadas como gubernamentales.¹

Esta explosión demográfica de talentos nacidos en Jalisco comenzó desde años muy tempranos del siglo a tener presencia dentro de las actividades artísticas del país. Presencia que con el tiempo vino a ser determinante también en colecciones públicas y privadas que avanzados los años comenzaron a formarse. Y entre ellas, naturalmente, la del Museo de Arte Moderno, que es el punto que nos interesa en este ensayo.

Antes de continuar marcaremos otro asunto. Si en el caso de los artistas oaxaqueños se puede hablar tentativamente de una escuela, a partir de sus parecidos, retroalimentaciones o visión común de interpretar el mundo, en el caso de los jaliscienses estamos muy lejanos de reunir grupos compactos. Por citar ejemplos al vuelo, son notables las diferencias entre artistas como José Figueroa, Amado de la Cueva, Manuel González Serrano y el mismo Dr. Atl, a quienes podemos reunir por tener en común un lugar de nacimiento y ser todos pintores, pero aparte de eso, quizás ningún parecido temático, estilístico o conceptual podremos hallar en sus obras.

El Museo de Arte Moderno, la otrora vanguardia

Ubicado en el bosque de Chapultepec, fue inaugurado por iniciativa presidencial en 1964. Se trata de un museo que vino a dar respuesta a una demanda generalizada dentro de varios gremios, como el de los promotores de arte mexicano de la primera mitad del siglo, los coleccionistas y, principalmente, los artistas. Los antecedentes de este museo se pueden rastrear desde finales de los veinte.² Pero formalmente se instaló en las salas que se acondicionaron a tal efecto en el Museo del Palacio de Bellas Artes en 1934.

Asimismo, los antecedentes del acervo del Museo de Arte Moderno se pueden rastrear a través de varios documentos. Primero, hay que recordar que el Museo

1. Cfr. *Arte de Jalisco*. México: Museo Nacional de Arte Moderno-INBA, 1963. *Solar abierto, historias de silencio y osadía*. Artistas del siglo XX en Jalisco. México: Museo del Palacio de Bellas Artes, 1993. *Jalisco genio y maestría*. México: Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey-Antiguo Colegio de San Ildefonso, 1994-1995. El Museo Regional del Estado en Guadalajara; el Museo Nacional de Arte y el Museo de Arte Moderno, en la ciudad de México: la Colección Marte R. Gómez y la Colección Pascual Gutiérrez Roldán, por citar dos casos ya estudiados, cuentan entre sus obras la de numerosos artistas jaliscienses.

2. Por ejemplo, en una de las principales publicaciones de los veinte, la revista *Forma*, se "invita a todos los artistas de México a que cedan una o dos de sus mejores obras para fundar el Museo de Arte Moderno Americano". Véase *Forma 1926-1928*. México: FCE, 1982, p. 377. [I.d. facsimilar].

3. Carlos Chávez. *Inauguración del Museo Nacional de Artes Plásticas*. México: INBA, 1949.

Nacional de Artes Plásticas -cuya sede fue el Palacio de Bellas Artes- se funda por decreto presidencial publicado en el Diario Oficial el sábado 22 de mayo de 1948. El artículo 4o. de este decreto señalaba que "las colecciones nacionales, propiedad del Instituto Nacional de Bellas Artes, servirán de base a la instalación del Museo". Y en el discurso de inauguración, Carlos Chávez, a la sazón director del Instituto Nacional de Bellas Artes, señaló en nota a pie que

pocos meses después de inaugurado el Museo Nacional de Artes Plásticas se abrieron al público, el Salón dedicado a la Pintura Mexicana del siglo XIX, y el dedicado a Clavé y Landesio. Igualmente, la gran Galería exterior del 5o. piso, en la que se aloja la Pintura Moderna Contemporánea.³

Años adelante, Celestino Gorostiza, director entonces del Instituto Nacional de Bellas Artes, señaló en el discurso inaugural del Museo de Arte Moderno con fecha 20 de septiembre de 1964:

En materia de museos, la situación no era más halagüeña. En el de San Carlos se hacían sin orden ni concierto las obras europeas, las de la colonia y algunas -muy pocas- piezas mexicanas de los siglos XIX y XX, en tanto que la Historia y la Arqueología se refugiaban precariamente en el museo de la calle de La Moneda.

Más adelante comenta la iniciativa de Alberto J. Pani de buscar los edificios adecuados para dichos acervos y dice:

Fue esta iniciativa no realizada la que dio origen, dos años después, a la inclusión de un museo de artes plásticas en el Palacio de Bellas Artes, inaugurado en 1934, que continuó operando simultáneamente con las Galerías de San Carlos y con el Museo de Arqueología e Historia y duplicando sus funciones en forma tan incipiente como éstos. En 1947, al crearse el Instituto Nacional de Bellas Artes se inaugura nuevamente el Museo de Artes Plásticas, al que en esta ocasión se le da la categoría de nacional.

Ya entrado en materia pone énfasis diciendo:

Y he aquí que hoy, diecisiete años después, nos reunimos para inaugurar ese edificio... en este de Arte Moderno se exhiben

principalmente las obras de caballete de los artistas mexicanos contemporáneos que han abierto nuevas posibilidades a la plástica nacional con sus hallazgos técnicos estéticos y con la fuerza de su personalidad artística, y que mejor han sabido interpretar y plasmar el espíritu de nuestro tiempo. Por tradición, pues así se hacía en el museo provisional de Arte Moderno instalado en el Palacio de Bellas Artes, juntamente con esas obras se exhiben las de los pintores mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX.⁴

Vale la pena señalar estos antecedentes en tanto que es posible observar que la modernidad plástica rebasó cronológicamente la capacidad que pudieron ofrecerle las instituciones públicas. Así que el Museo de Arte Moderno, como su nombre lo indica, actualmente tiene la vocación de exhibir, preservar y estudiar el arte moderno, sobre todo el mexicano. Por otra parte, ya hemos visto que su acervo se ha conformado de diversas maneras, y no siempre atendiendo a planteamientos teóricos estrictos.

En México, la historia ha propuesto que el arte moderno se inicia en las primeras décadas del siglo. Se trata de un arte que se puede analizar desde puntos varios. El primero tendría que ver con una idea de ruptura con la tradición académica que tenía como base de trabajo la copia, la idealización de los temas y los personajes a tratar distanciados éstos de la realidad inmediata en la que se generaba. Asimismo, finca sus raíces en la búsqueda de un arte mexicano, anteponiendo la idea de lo mexicano a la de arte. Negó aquellas tradiciones que no servían para fines sociales, esto debido al importante influjo de la Revolución Mexicana, que fue motor espiritual pero asimismo motivo y tema de buena parte de la producción plástica moderna.

La Revolución Mexicana es precisamente ese gran catalizador del arte de las primeras décadas en nuestro país, pues su influjo fue determinante en actitudes y temáticas a tratar. Y aunque parezca un exceso, diremos que no se puede hablar del arte moderno mexicano sin hablar de la Revolución. Por esa razón, habrá que entender que el arte moderno mexicano no fue un cambio propiciado sólo por artistas, sino que intervinieron pen-

4. Celestino Gorostiza. "Inauguración del Museo de Arte Moderno". *Discursos de Bellas Artes*. México: INBA, 1964, pp. 98-106.

sadores, como José Vasconcelos y Manuel Gamio. También coleccionistas, como Marte R. Gómez, y promotores de arte, como Frances Toor y, más adelante, Inés Amor, coadyuvaron en la transformación. A todos estos habrá que sumar los nombres de escritores que fundan la moderna crítica de arte, como Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta o el filósofo Samuel Ramos. Es decir, el arte moderno mexicano se gestó en un ambiente riquísimo de intelectuales y de ideas: de viajes obligados al extranjero, de donde regresaban los artistas con una actitud revisionista de nuestras expresiones, y de anhelos de renovación.

Aún en los sesenta y setenta las expresiones plásticas parecían patrimonio principal de los muralistas, especialmente de los tres grandes, Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros. Pero gracias a estudios y revisiones de personalidades como Justino Fernández, Jorge Alberto Manrique y Olivier Debrouse, se pudo ampliar el espectro de estudio a otros nombres y otras actitudes. Considerando a aquellos artistas, como Agustín Lazo, Manuel Rodríguez Lozano y muchos otros, que habían sido relegados debido al enorme peso de los ya citados tres grandes.

Las obras como hechos

El primer libro que tuvo el propósito de dar a conocer el importante acervo del Museo de Arte Moderno lleva como título *Cien obras maestras del Museo de Arte Moderno*, investigado y documentado por Luis Ortiz Macedo, quien fuera director de la institución entre los años de 1989-1990.⁵ Con limitaciones documentales y editoriales, el libro respondió a las necesidades de un público que agotó rápidamente la edición. Pero el título que organizó la selección de las obras que se reprodujeron en el volumen fue sumamente arriesgado en tanto que los criterios para definir a una obra como "maestra" son difíciles de establecer. Sobre todo si, como ya se ha señalado, el acervo del Museo de Arte Moderno

5 Véase también mi nota y la bibliografía sobre el Museo de Arte Moderno en: *Historia mínima del arte mexicano en el siglo XX*. México: Atlante Ediciones, 1994, pp. 106-108 y 120.

se ha conformado de manera un tanto arbitraria y sin criterio curatorial. Sin embargo, fueron inevitables los nombres del Dr. Atl (1875-1964), Jesús Reyes Ferreira (1884-1977), José Clemente Orozco (1883-1949), Roberto Montenegro (1887-1968), Carlos Orozco Romero (1898-1984), Jorge González Camarena (1908-1980), María Izquierdo (1902-1955), Jesús Guerrero Galván (1910-1973), Raúl Anguiano (1915), Juan Soriano (1920), Javier Arévalo (1937) y Gabriel Macotella (1954). Estadísticamente hablando, 17% de los artistas citados en ese libro son del estado de Jalisco, predominando de manera casi total en este porcentaje los de la llamada Escuela Mexicana de Pintura. Hoy día, esta estadística no ha cambiado.

Pero desde mi punto de vista resultará intrascendente cualquier cifra, si no se comprende el peso que tuvieron, en el panorama del arte de nuestro país, las obras, y tras de ellas, las actitudes de los artistas jaliscienses. Quiero aclarar, en este sentido, que si hablo en pasado es porque considero que el actual panorama de la artes plásticas en México responde a otras necesidades de análisis en las que los estudios de orden regionalista no tienen mucha demanda. Esto se debe a factores en los que intervienen el mercado del arte, los medios de comunicación y la cada vez mayor profesionalización e individuación del artista.⁶

El Museo de Arte Moderno, como ya se dijo, cuenta con un numeroso acervo que inicialmente se formó con obras que se habían conservado en la Academia y que pertenecían desde entonces al Estado. Pero asimismo, se ha ido conformando con adquisiciones que grupos benefactores han hecho para bien de la institución. Las donaciones de artistas y de coleccionistas no desmerecen, aunque han sido las menos. De esta forma, al contar con un acervo propio, el Museo de Arte Moderno se ha visto obligado a exhibir de manera permanente un acervo de pintura y escultura principalmente. De muchas formas ésta mal llamada "colección permanente" se ha presentado en las salas "Xavier Villarrutia" y "Carlos Pellicer" desde hace poco menos de diez

6. El artista contemporáneo no tiene el fuerte peso social, grupal o ideológico con el que nacieron artistas de la primera mitad del siglo, signados sobre todo por la Revolución Mexicana. Esta situación, a la que se suman naturales reacciones de una época marcada por distintos valores, sociales, económicos, humanos, éticos, etc., permite a los artistas ver su trabajo como una profesionalización y no como un deber ser, su producto como un objeto de cambio y no como un objeto con valores sociales o espirituales. Asimismo, participan dentro de una sociedad como si su trabajo estuviera dentro de la bolsa de valores y no dentro del contexto de las reacciones humanas. A muy pocos de ellos les interesa "el gran público anónimo", sólo el gran público de los compradores parece importarles. Exhibir en foros importantes es de alguna manera incrementar los costos de sus obras, pero ninguna garantía ya de ingresar al mundo de la trascendencia.

años y su influencia en estudiosos del arte, artistas en formación y público en general ha sido consistente.

La idea de exhibir esta colección permanente en la última década atendió a varios planteamientos. El principal ha consistido en fortalecer a la misma institución conservando y manteniendo cohesionada la obra que tiene en custodia y que por múltiples razones se encontraba dispersa en oficinas de instituciones gubernamentales. Mantenerla expuesta “permanentemente” fue una forma inteligente de no permitir su salida de las salas.

Si bien este acervo cuenta con obras legendarias como “Las dos Fridas”, de Frida Kahlo, o “Nuestra imagen actual”, de David Alfaro Siqueiros, lo cierto es que la cantidad de buenas piezas va más allá de una cifra menor. Y buenas razones hay para hablar del conjunto de obras de los artistas nacidos en Jalisco.

En el acervo del Museo de Arte Moderno se entremezclan obras de primera importancia como las que ya hemos venido citando en este texto, pero existen otras, la mayoría, que representan momentos particulares de una producción, de una línea, pero cuyo impacto estético no es tan fuerte como para convertir las en piezas maestras. Esto de ninguna manera demerita la colección, sino por el contrario, pues ofrece de manera tangible lo que podemos considerar como buen conjunto representativo del escenario de la pintura mexicana. Esto permite, además, entender de manera más satisfactoria el porqué algunas piezas son motivo de comentario o de multitud de reseñas y otras no. Pese a ello, la historia del arte es una suma no una reunión de particularidades.

Cronológicamente hablando, el acervo del Museo de Arte Moderno cuenta con obras del Dr. Atl. Varias imágenes del Paricutín se extienden con bastante soltura en la Sala “Xavier Villaurrutia”. Con bastante frecuencia se ha abusado de ignorancia en cuanto al conocimiento de las técnicas que inventó el Dr. Atl, por lo que vale la pena acercarse a las obras de este acervo, pues presentan a uno de los más notables paisajistas cu-

yas técnicas plásticas y composiciones modificaron el ambiente del arte mexicano de las primeras décadas. Recordemos que el Dr. Atl con sus expresiones plásticas, y quizá más con sus actitudes, fue uno de los catalizadores de la efervescencia revolucionaria en el arte mexicano.

Por su parte, José Clemente Orozco, una de las figuras principales del muralismo, está permanentemente expuesto en el acervo citado con varias obras de caballete. Vale aquí hacer la siguiente acotación. El muralismo es el movimiento plástico que dio fuerza a la pintura moderna mexicana. En sus inicios, no fueron pocos los argumentos que se esgrimieron en contra de la pintura de caballete -principalmente la que tenía que ver con el género de retrato- a la que calificaron de "burguesa" y demás. Sin embargo, la palabrería fue rebasada por los hechos en tanto que la pintura de caballete es una práctica casi obligada en cualesquiera pintores. Así, los muralistas dejaron piezas maestras de pequeño formato que son también parte fundamental de nuestra historia del arte. José Clemente Orozco dejó su vigor lo mismo en murales que en los óleos que se conservan en los acervos más importantes de México y otros países. En el del Museo de Arte Moderno encontramos varias piezas, entre las que destacan "Las soldaderas", de 1936; "Culto a Huichilobos", de 1949; el "Retrato de Luis Cardoza y Aragón", de 1940; "El Tirano", de 1947, y un mural transportable de dimensiones moderadas cuyo título es "La primavera", de 1945. Estas pinturas son bastante representativas de los matices estilísticos y de las temáticas que interesaron al maestro. Tanto la Revolución, como el género del retrato, su interpretación de los mitos religiosos prehispánicos y otros están claramente expresados en estos cuadros.

El caso de Roberto Montenegro es singular dentro de la historia general del arte moderno mexicano. De vida larga y generosa, ahondó en diversas corrientes y estilos. Su preocupación por las artes populares y por la cultura mexicana es también factor importante de su

personalidad. El acervo del Museo de Arte Moderno cuenta, entre otras obras, con un importante autorretrato donde Montenegro se refleja en una esfera. Conocida nada más como "Autorretrato", y de fecha 1942, la obra presenta al pintor con sus instrumentos de trabajo, caballete y pinceles, dentro de su estudio.

Por su parte, Carlos Orozco Romero, maestro que fuera de otras generaciones de artistas, está representado con varias piezas. Una de ellas es magistral por la exactitud de los materiales empleados, pero asimismo por el hieratismo de la figura retratada y el tema. Se trata de "La manda", de 1942, óleo que en muchos sentidos resume varias preocupaciones plásticas, no sólo de Orozco Romero, sino de otros artistas de la llamada Escuela Mexicana. Por ejemplo, aunque la pintura es figurativa, el personaje está enmarcado en un lugar de ensueño, metafísico. El tema, que se refiere a una actitud autoflagelante, deviene en sincretismo religioso al mezclar parte del pensamiento de sacrificios corporales prehispánicos con la tradición cristiana. Dos culturas, por tanto, convergen en el cuadro. Pero asimismo, hallamos un conocimiento de la tradición plástica europea aplicado para desentrañar el mundo mestizo mexicano. Se trata de una obra que ofrece muchos puntos de interpretación y de interés. Carlos Orozco Romero influyó de manera docente en muchos artistas, como Roberto Doñis o Gilberto Aceves Navarro, quienes estudiaron en su taller.

Jorge González Camarena, María Izquierdo, Jesús Guerrero Galván, Raúl Anguiano, Juan Soriano, Javier Arévalo y Gabriel Macotella, desde mi punto de vista, están moderadamente representados en el acervo del Museo de Arte Moderno. Obras como "Las Petritas", de 1959, de González Camarena, por ejemplo, no sirven mucho para calibrar las aspiraciones del artista. El que podría pasar mejor librado sería el maestro Raúl Anguiano, con "La espina", de 1952, y "El hijo muerto", de 1943. "La espina" es una obra clásica que se ha convertido en cita obligada dentro de nuestra historia.

En el año de 1964, el panorama de la plástica mexicana estaba recibiendo a otra generación de artistas que no tenía interés en que sus expresiones sirvieran como parte de una lucha de clases. Por su lado, el Museo de Arte Moderno, recién fundado, venía a ser la cúspide de un proceso que se inició en los veinte. Ya en los setenta y ochenta este museo se convirtió en el lugar natural de ese contingente de artistas que se ha denominado "de ruptura". Las obras de éstos y de otros más jóvenes se encuentran también dentro del acervo del Museo de Arte Moderno. Sin embargo, la sala destinada a la Escuela Mexicana de Pintura sigue siendo la más visitada y estudiada hasta la fecha.

Terminaremos diciendo que si bien el Museo de Arte Moderno custodia obras importantes de cuando menos hasta los noventa, todavía la ausencia de obras de artistas de varias épocas y regiones es notoria. Piénsese que, en el caso particular del estado de Jalisco, los nombres de artistas importantes han ido en vertiginoso aumento y que su representación en el acervo que hemos comentado en estas líneas tardará, sin duda alguna, varios años.